

ITALIA.

INTRODUCCION.

I.

La historia de Italia es la historia del mundo casi desde la fundacion de Roma, y más principalmente desde la primera guerra púnica. Es la historia de la legislacion y de la política, de las armas y de las letras, de las artes y de las ciencias, de la civilizacion y de la Europa entera. Desde el siglo de Augusto es la historia de la Religion y del Cristianismo, la historia de las tiempos modernos, la historia de las razas y de las revoluciones que han fundado todos los Estados y Monarquías que existen en Europa.

Todo hecho, todo hombre, todo capitan, todo artista, todo sábio, todo Santo, han venido ó pasado por Italia. Toda ciencia ha nacido allí; toda institucion se ha ensayado allí; toda obra maestra de arte se ha inspirado allí; toda ley ha sido allí promulgada; toda política ha tenido de allí su origen; todo descubrimiento humano ha necesitado, si no para nacer, para desenvolverse y tomar posesion de la tierra, la fecundacion de aquel suelo.

Anibal no hubiera sido gran General si no hubiera batallado en la patria de los Escipiones. Los códigos mo-

dernos están hechos de las Doce Tablas. De Virgilio al Dante, y del Dante á Manzoni, la cadena de oro de los poetas europeos cuenta tantos brillantes como poetas italianos. Shakespeare y Milton, Cervantes, Byron y Goëthe no serian lumbreras de la literatura europea si no los hubiera iluminado el sol de la Italia. Copérnico fué de Polonia á Italia, para ver desde lo alto del Capitólio cómo estaba construido el universo. Galileo sintió en Italia cómo rodaba bajo sus pies el planeta en que habitamos. Despues de Puffendorf, de Grocio, de Montesquieu y de de J. J. Rousseau, todavía se lee con avidez á Machiavello.

En el molde enciclopédico de Ciceron habian de modelar la Italia cristiana Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura. Vico dió leyes á la historia, antes que Bossuet y de Ballanche; pero estos filósofos no hubieran tenido texto á sus prodigiosas lecciones, sin Tito-Livio y Guicchiardini. El grabado inicia en Italia la imprenta. Giotto y Cimabue pintaban, y eran ya génius de la pintura, en los bárbaros siglos en que Dante iba á crear la lengua de la poesía. Dos siglos despues, Rafael habia trazado con su pincel los últimos límites de la pintura ideal, haciendo bajar á sus tablas á la Reina de los Ángeles como está en los cielos; y Miguel Ángel habia señalado en éstos el último punto á donde el hombre puede alzar un altar al Dios verdadero.

La Providencia quiso que la Madre del antiguo mundo fuera la que primero tuviera la revelacion del Mundo Nuevo. Cristóbal Colon y Américo Vespucio eran italianos.

Pero ¡qué mucho que cupiera á la Italia la revelacion de un mundo, cuando quince siglos ántes le habia sido

dado el poder de hacer á la Europa la revelacion del cielo? Si Colon y Américo dieron al globo su mitad, y á esta mitad un nombre, de más alta maravilla fueron instrumentos los que vinieron á decir al hombre: «tu destino no es de este mundo;» los que vinieron á enseñar en la cátedra universal del derecho humano los principios del derecho divino.

Jesucristo, subiendo á Sion sobre la más humilde cabalgadura, para morir bajo el poder de un Pretor romano, parece que quiso escarnecer el orgullo de la ciudad primitivamente predestinada. Cuando subió al Calvario para atraerlo todo á sí, la Cruz reflejó en el Tíber los resplandores que aún habian de ver tres siglos despues las legiones de Constantino. Desde el Gólgota miraba al Capitólio, y legaba el imperio de la nueva ley á San Pedro. Á Jerusalem la condenó á la destruccion y á la barbárie. Donde habia de resonar eternamente su palabra, era en Roma. Jerusalem no es más que el sepulcro de Cristo: el cristianismo es la cátedra de San Pedro. San Pablo recibe en Damasco la mision de evangelizar á los romanos, y desde entonces hasta nuestros dias, la transfiguracion y regeneracion del mundo se llamó Iglesia católica; y el mundo que se prosternó ante el Pontífice romano, fué la cristiandad toda entera.

Desde entónces la autoridad, el prestigio y el nombre de la ciudad del Tíber no tuvieron límites ni barrera; y la Italia, como el peristilo de un gran santuario, pudo ser hollada, despedazada, dividida, dominada, cargada de hierros, regada de sangre, inundada del llanto de todas las desventuras de la tierra. Pero por toda la redondez del globo, víctimas y verdugos, vencedores y vencidos, pueblos y soberanos, acataron su autoridad, doblaron el

cuello á su ley, se humillaron ante su poder, hicieron ante ella penitencia de sus crímenes, ó abjuración de sus errores, y tuvieron vueltos los ojos siempre á aquella tierra sagrada, para consultar los oráculos de la eterna sabiduría, para recibir las inspiraciones de la eterna belleza, para aspirar á la apoteosis de su santidad.

Cuando los Griegos, y los Turcos, y los Tártaros pasaron por el Asia, no quedó nada de sus sucesivos Imperios. Cuando los Romanos, y los Turcos han devastado la Grecia, nada queda de sus artes, de su destino. Cuando los Árabes han plantado sus tiendas en Egipto, cuna de todas las civilizaciones antiguas, queda el Egipto tan sepultado como sus momias, y su historia tan incomprendible como sus geroglíficos. Cuando todas las hordas de bárbaros han caído unas tras otras sobre Italia en una depredación de más de dos siglos, la Italia no muere, no desaparece, no se despuebla, no abdica, no pierde importancia, no amengua en influencia.

Allí donde más feroces y numerosos se derraman los bárbaros, allí no hay nunca barbarie. Allí donde más espesas parece que debían condensarse las tinieblas de la ignorancia, allí no se extingue nunca la vida de la ciencia ni la luz de la sabiduría. Allí donde los furros combinados de la codicia y de la destrucción se ceban en las obras del arte, allí el arte no muere, y el lujo no se acaba; la industria no retrocede, y los siglos medios continúan en aumentar nuevas maravillas á la conservación de las antiguas. La que recibe más numerosos y más feroces conquistadores, conserva más el lujo, las industrias, los trajes, la lengua, la cultura de la civilización, en todos los demás países destruida.

Allí donde se levanta é impera tanta tiranía, allí es

donde más vive, y se agita, y se desenvuelve el espíritu de libertad: allí donde se destruye el grande imperio que peleaba con todo el mundo, cada república que se levanta, sigue guerreando fuera, y conquistando sola: allí donde se ahoga la independencia, cada Estado crea una soberanía. Allí es precisamente donde se conserva el tesoro intacto de las leyes civiles; la tradición de las instituciones sociales; el hábito y la posesión de las costumbres políticas. Allí donde más corrió la sangre de los mártires, y más hecatombes de víctimas hizo el hierro de las persecuciones, allí tiene su asiento y pone su cátedra la enseñanza de la Religión, y la santidad del Evangelio. Allí, de donde huyeron los Emperadores, los Reyes bárbaros dejan su sólio á los Pontífices.

Allí se celebran los concilios, y las instituciones religiosas tienen su centro y sus gerarquías. Allí se construyen por todas partes maravillas de catedrales, y al lado de los castillos, portentos de palacios. Allí, donde van los cruzados á bendecirse, van los sábios á hacerse doctores. Allí donde van á guerrear los condottieros, van á fundar santuarios los monges. Allí irán los Agustinos, los Benitos, á fundar órdenes religiosas; y allí vendrán en otros días San Francisco de Asís, y los hijos de Santo Domingo. Allí, entre el estruendo de la guerra, al lado de los santuarios del ascetismo y de la piedad, y en medio de las convulsiones de la tiranía, la ciencia dilatará su imperio tanto como la Religión, y nacerán tantas universidades como santuarios. Allí vendrán al mundo los Tomás de Aquino, y San Buenaventura, y Pedro Lombardo, y Pico de la Mirandola, y todos los doctores de Bolonia, y toda la Universidad de Pavia, y los profundos políticos de Venecia, y los de Génova y Pisa.

Allí los mismos errores, y los sistemas más temerarios tendrán sus apóstoles y representantes; allí Arnoldo de Brescia primero, y despues Savonarola, vendrán delante de Lutero y Calvino; y Campanella y Giordano Bruno antes que los socialistas modernos. Allí donde parece que reina tanta depredacion y anarquía, se alzarán los más espléndidos palacios, los más maravillosos jardines: aquella region devastada florecerá en cultivo esmerado, y será cruzada de canales; y esa zona de tierra que faldéa los Alpes, por dondé bajan todos los conquistadores, y donde se dá el mayor número de batallas, es, por una rara maravilla, la zona de tierra donde en igual direccion y extension, la Europa cuenta el mayor número de ciudades florecientes.

Italia recoge toda la grandeza, toda la autoridad de Roma. Como aquellos monstruosos reptiles, cuyos miembros desunidos y cortados consérvan cada uno movimiento y vida, así parece que se multiplica, despues del gran cataclismo de la barbárie, la prodigiosa vitalidad del desmembrado coloso. Italia subyugada, no deja de ser la Italia señora. La púrpura de los Emperadores de Oriente tiene que teñirse en las aguas del Tiber. Las águilas de todos los ejércitos de Europa continúan tomando vuelo desde el Capitólio. Los conquistadores que llegan sedientos de sangre y de venganza, no aspiran á más alto premio que á recibir los favores y la adopcion de la vencida. Pero ella no recibe ni aclimata, como la Francia, la Inglaterra y la España, ninguna dinastía bárbara. Teodorico pasa, Odoacre pasa, los Lombardos pasan.—Ella no quiere dejar de ser latina, ni recibir la soberanía que ella no dé.

La Roma del bajo imperio; la Ravena de los exarcas; la Monza de los Lombardos; la Nápoles de los Parteno-

péos; la Milan gáulica; la Florencia etrusca, se disputan, bajo los nuevos señores, la primacía universal ó la influencia local que ellos mismos fundan en los títulos de sus nuevos dominios. Alarico, Ricimer, Odoacre, Albóino, Teodorico, son grandes entre los bárbaros; fundan imperios, reparten las provincias, desafían á los Emperadores de Oriente, porque reinan en Italia, y porque Italia es Europa. Ataulfo funda la monarquía gótica de España, porque la recibe como dote de una hermana de Honorio, y se desposa en Barcelona, hablando la lengua y revistiendo el traje imperatorio de los Césares. Atila decae y muere, y pasa como un sangriento metéoro, porque ha tenido pavor de enseñorearse de Roma. Cuando quiere aspirar al imperio, se presenta como llamado por una princesa imperial. Al abandonar á Italia, dejaba en ella un Pontífice santificado con sus terrores, y una colonia de fugitivos de sus armas, que habian de continuar en los pantanos de la Venecia la república de los antiguos patricios.

Cuando todas las naciones bárbaras se reúnen para lanzar de su seno á aquel nuevo mónstruo, precursor de Gengiskan y de Timur, es todavía un caudillo general de Italia el caudillo á quien obedecen. Las Galias del Mediodía continúan en ser italianas, á despecho de los francos del Sena. Y en toda la inmensa vega del Danubio, las colonias de Trajano conservan, á través de los Hunnos, de los Germanos, de los Ávaros, de los Esclavones y los Tártaros, aquel sello indeleble, que llega á nuestros días con un cuño tan tenazmente italiano, de raza, de lengua, de derecho y denominacion. En el caos anárquico de la barbárie, toda luz, toda ley, toda salvacion, toda vida, toda autoridad viene de aquella tierra

saqueada, vencida, pero cada vez más inagotable, cada vez más fecunda.

Cuando las tinieblas se condensan, y la barbárie parece tocar á sus últimos límites, y se siente en el mundo la necesidad de que haya un centro de unidad despues de tanta lucha, un principio de organizacion entre tanta energía, y una eminencia de superioridad entre tantas individualidades feroces, y entre tantas tiranías anárquicas, la Italia llama al caudillo de los Francos, y al debelador de los nuevos Germanos, para encomendarle la tutela de la Europa; y el Pontífice le aclama Señor del mundo y sucesor de los Césares. Pero Carlo Magno no se cree señor del mundo y soberano de todos los pueblos y tribus nacidos del consorcio germano-latino, sino cuando un sucesor de San Pedro ungió su cabeza en la ciudad de Augusto; y cuando la Italia adoptó por hijo de los Césares al que se arrollidaba á los piés de su pueblo y de su Sacerdote, para recibir de manos italianas la corona restaurada del que, con tan altas miras y tan grande autoridad, se denominó Santo Imperio.

Mas ¿qué mucho esto, si Pipino, para ser Rey de Francia, habia sido primero Patricio de Roma, y consagrado por Estéban III? Desde entonces, franca ó germana, la Italia no cesa de conservar la primacía, porque son los Francos y los Germanos los que se disputan, no lo que ellos la han de imponer, sinó la sancion y título que solo ella les puede dar. Desde entonces, todo predominio en Europa sigue siendo italiano, y donde todo poder europeo habia de traer de Italia los timbres de su gloria, toda querella italiana fué acontecimiento europeo. La casa de Suevia, la casa de Anjou, la dinastía de Aragon y la familia de Habsburgo; los Normandos de Islándia, la casa

de Borgoña, y los Comenos y Paleólogos del Oriente, que resumen y representan todas las grandes contiéncias de la historia europea, y todos los principales jefes y naciones que se repartieron el Imperio, se dan cita de reto, y se señalan campo de desafio, por espacio de siglos, en aquella Italia, que ellos miran como suya. Y ella, más que rechazarlos como extranjeros, forma parcialidades en torno de aquellos que son sus más adictos y simpáticos campeones.

El camino de los Alpes es hasta nuestros dias el camino de la gloria; las orillas del Pó, del Ádige, del Mincio, del Tiber y del Garellano, el teatro de toda gran contienda, la escena de todo gran drama. Por allí bajaron un dia Breno y Anfbal, y los Cimbros que venció Mario; por allí Alarico, Ricimer, Teodorico, Odoacre, Attila, Genserico y Alboino; por allí Pipino Heristal, y Carlos el Grande, y Ludovico el Piadoso. Allá irá la progénie de San Luis, con Carlos de Anjou, y los temerarios descendientes de Rollon de Normandía. Allí irán los Conrados y los Enriques de Suevia; los Alfonsos de Aragon, los Federicos Barbarrojas; los Hohenstaufen; los Habsburgos, fundadores de Imperios. Allí irá la estirpe denodada de los condes de Barcelona; allí los duques de Aquitania, los señores de la Provenza, los dueños de Arlés, los condes de Aviñon, los poderosos de la Baviera, los temerarios de la Borgoña. Allí irán los Humbertos y los Amadeos de Saboya. Allí Gonzalo de Córdoba, á reivindicar para los descendientes de Alfonso, la usurpada presa de los Angevinos. Allí tornarán, en memoria de Carlo Magno y de Carlos de Anjou, Francisco I y Bayardo. Allí estará esperándole Carlos V, en nombre de Rodolfo de Habsburg, de Carlos el Temerario y de Fer-

nando el Católico; con Antonio de Leiva y el marqués de Pescara, y el desheredado y proscripto vástago de los Borbones. Allí irá Luis XIII con Richelieu á buscar á Mazarino; allí irá Luis XIV á tomar venganza por Francisco I, y á preparar á Alberoni; allí irá Isabel Farnesio á desquitarse de la Toscana perdida, y á las Dos-Sicilias la dinastía que reina en Aragon.

Y despues de todos, y eclipsándolos á todos, en el gran dia del cataclismo de todos los imperios, y del terremoto que conmueve tódos los tronos, y de la renovacion social que subvierte todos los principios, irá allí el más joven y más denodado de los Generales de la República Francesa, y volverá de allí Cónsul, á ser consagrado Emperador. ¿Porqué? No busqueis la clave de este portento en el estado de la Francia, ni en el número y calidad de sus victorias. Suponed que las ha ganado en el Rhin, en el Mosa, en el Támesis ó en el Volga, y vereis cómo no puede traer de allí la corona de Carlo Magno, que estaba amayorazgada en los archivos imperiales de Monza. La púrpura, la diadema, el globo imperial no podian venir sino de la tierra augusta de los Césares. Sólo en el Capitolio habia una púrpura consular; sólo en el Vaticano habia un globo imperial; sólo en las aguas del Pó y en las del Tíber, el que habia entrado General, podia ser bautizado César.

Italia le habia dado la sangre; Italia le habia dado la gloria; Italia le dió el poder. Habia nacido Güelfo: pudo ser Gibelino de sí propio. De padres italianos se llamó Bonaparte. Una Asamblea italiana le aclamó Napoleón; y desde entónces este nombre fué Cesáreo y Augusto, como el de los Luises y de los Cárlos. Los Habsburgos se honraron con darle su hija, porque ya les habia dado el

anillo nupcial del Adriático; porque él traia en dote propio las provincias de Italia. Su hijo pudo nacer Rey de Roma. El sucesor de su nombre y de su dinastía fué mirado con malos ojos del pueblo de Italia, porque desde los primeros dias de su advenimiento no miró aquella tierra como su patrimonio y como su protectorado.

Y por eso, á la caida del nuevo Carlo Magno, le reclamó como suyo el que siempre aspiró á mantener viva la idea del Imperio, y á reconstruir la política fundamental de la Europa sobre la base tradicional del Cesarismo Germano-latino. Por eso Metternich no consintió que en 1815 envainaran su espada los vencedores de Bonaparte, sin que sentaran los cimientos de una organizacion, en que pueblos germanos y latinos habian de aparecer al fin como tributarios de su Soberano. Por eso en 1815 el César de Viena volvió á coronarse en Milan Rey de la Lombardía. Por eso no soltó de sus manos el anillo misterioso que le traia la dominacion del Adriático en dote de la recobrada esposa. Hijos de este consorcio fecundo vinieron á ser dentro de poco, en tratados que fueron la renovacion de los antiguos feudos, los Ducados de Parma y Plasencia, el gran Ducado de Toscana, la corona borbónica de Nápoles, la dinastía secular de los duques subalpinos, hechos Reyes con la Cerdeña y la Liguria, la Italia toda entera. Porque apoyado en este baluarte, habia de dar otra vez la ley al Rhin, al Elba (Albis)⁴, y

* El Elba ha sido siempre Albis para los geógrafos españoles: hoy le daremos, sin embargo, aquel nombre, porque no se nos entenderia. Pero protestamos contra el abuso, que además produce confusion con la isla de Elba, que es lo que tal vez ha dado margen al error. El Elba nace en una pequeña meseta llamada *Elbisse*, de donde viene Albis, y que está situada hacia enmedio de la cadena, sobre lo alto del Schneckkoppe, á 4584 metros de altura.

al Espree, el soberano del Danubio, que volvía á ser el Emperador del Tíber, vuelve á ser la Italia, en los últimos cuarenta años, la clave de todos los sistemas, el núcleo de todas las cuestiones, el teatro de todos los acontecimientos, el blanco de todas las revoluciones.

La revolucion de España en 1820, proclamando una Constitucion que habia sido reconocida en 1812 en Vellycky-lucky por el Emperador de Rusia, no importa nada á la Europa, hasta que suscita la independenciam de Turin, y la emancipacion de Nápoles en 1821. Los franceses pasan los Pirineos en 1823, como instrumentos pasivos de lo que se decide en Laybach y en Verona, para que los austriacos puedan pasar de nuevo los Alpes como únicos señores. La Europa imperial transige con el liberalismo francés de 1830, á condicion de que la Francia de Luis Felipe reconozca su dominacion en la Península itálica, tan ámpliamente como Luis XVI. Pero el advenimiento de un Papa que se presenta como Güelfo, y un liberalismo italiano que amenaza la constitucion fundamental del Imperio, bástala para conmover la Europa, y en 1848 hacer caer en seis meses casi todos los tronos bajo la masa de sus pueblos, como si se hubiera desplomado la clave de la bóveda que á todos los cubria. La clave no estaba en Paris, sinó en el Quirinal.

Así que se conmovió la alta cúpula, las columnas cedieron bajo el peso de la vetusta mole, y sus escombros rodaron con estrépito en ambas orillas del Sena y del Danúbio. Por eso vimos todavía los ejércitos del César bajar á las llanuras del Pó, y al viejo Radetzcky, representante nonagenario de un Imperio más caduco que sus años, humillar á la revolucion subalpina en la rota sangrienta de Novara. Por eso aquella batalla fué, como las

otras mil dadas en aquellos contornos, un acontecimiento que cambió la faz de los sucesos europeos, poniendo un dique á la revolucion francesa, y obligándola á darse un César, si habia de cumplir los destinos de la Francia, y no habia de pasar como un terremoto demagógico.

Por eso, cuando á la cesacion del terremoto se le llamó la paz, la montaña que habia levantado en su sacudida, tuvo que abrirse para vomitar el fuego de la guerra. La eminencia que se llamaba Napoleon, no podia dejar de tener sus vertientes á la patria del primer Cónsul. Para eso, para armarse soberano, como en otros tiempos los paladines se armaban caballeros, aceptó la primera ocasion de guerra, y envió sus legiones al primer palenque de gloria que la Providencia le deparó en aquella Táuride, antiguo teatro de la primera epopeya europea. Pero cuando de Soberano para la Inglaterra y la Rusia, quiso pasar á César para la Europa, bien sabía que si en San Remigio se ungen los Reyes, no hay más que un templo donde se consagran los Emperadores. Por eso llevó á Crimea las banderas de Italia; por eso tomó bajo su amparo las libertades piamontesas y las aspiraciones lombardas; por eso bajaron por el Splugen y pasaron el Tessino 200,000 hombres; por eso 150,000 franceses cruzaron el Mont-Cenis y el Apenino. Por eso tronó estrepitosamente el cañon de Magenta y Solferino (casi en los mismos sitios en que cayó Bayardo y el Rey Francisco) en medio de la viva ansiedad de la Europa entera. Por eso las águilas de Napoleon volaron sobre el Mont-blanc hasta las hondas gargantas de la Maurienne, y sobre el Coll de Tende hasta las playas de Niza.

Por eso en Villafranca tomó otra vez en su mano la corona de Lombardia, para que de él la recibiera el que

de esta manera le prestaba homenaje. Por eso aquella estipulación no fué á los ojos de Europa un convenio de paz, sino una tregua para enterrar los muertos de la pélea, y preparar las nuevas líneas de batalla. Y por eso, mientras en España hay una guerra de África, más gloriosa que las expediciones heroicas de Cisneros y Carlos V; mientras la Rusia asimila las tribus mahometanas del Cáucaso, y haciendo prisionero á su profeta caudillo, civiliza las riberas dilatadas del tártaro Amor, y emancipa en un día una inmensa nación de siervos; mientras la Inglaterra sostiene en las riberas del Ganges una guerra feroz y desigual con ochenta millones de pueblos indostánicos; mientras en las orillas del Delaware y del Missisipi amenaza feroz ruina y desmembración la que se creía juvenil inmortal república de Washington; mientras que las agoniosas convulsiones del mahometismo oriental renuevan en las faldas del Líbano la época gloriosa de las leyendas de los mártires; mientras, en fin, que los dos ejércitos europeos penetran en las antiguas misteriosas regiones del Catay fabuloso, descubren al mundo los arcanos del Imperio celeste, y penetrando por la emblemática muralla, profanan los misterios de la enigmática Pekin, y dan al fuego las espléndidas mansiones que inspiraron tal vez los cuentos de *Las mil y una noches*; ningún pueblo tiene ojos, ni oídos, ni espectación, ni ansiedad, ni interés sino para los sucesos que pasan, y las cuestiones que se ventilan allí donde pulsan las arterias de su sangre, allí donde palpita el corazón de la Europa, mientras esa entidad que se llama Europa, exista sobre la tierra, y sea la reguladora del mundo.

II.

CUESTION DE ACTUALIDAD.

Las reflexiones que acabamos de hacer, las líneas que acabamos de escribir, no son el prólogo de un libro sobre Italia. No tenemos esa pretensión, no nos asiste tan alta capacidad: ni nuestras fuerzas físicas nos consentirían tan árduo trabajo. Nuestro propósito no es más que exponer en las ménos frases posibles, los términos en que quisiéramos ver tratado y discutido ese espinoso problema.

Y sin embargo, á esta nación y á esa historia, y á estos sucesos; á un espectáculo, que de tal manera nos embarga, y nos interesa, y nos absorbe y preocupa, se han de ajustar el compás y las reglas de esa política empírica y vulgar, de ese espíritu mercantil nivelador, matemático y materialista, que pretende reducir la cuestión de Italia á las proporciones de una nacionalidad cualquiera, que se presentara ahora á constituirse y organizarse, como la Pensilvania cuando la emigración de los puritanos; como los Estados del Norte-América, en tiempo de Washington. ¿Es por ventura ésta la cuestión concreta de un pueblo que cambia su forma de gobierno, como la Inglaterra de 1668, ó la Francia de 1789; de un Estado que reivindica su aislada independencia, ó su sepa-

racion autonómica, como la Bélgica de 1830, ó como la Hungría de 1848; ó la de un pueblo, que habia dejado de existir por siglos, y que sale á luz como exhumado de una excavacion, por ejemplo, la Grecia de 1823?

Cuando vemos á cierta escuela revolucionaria, ó á cierta diplomacia caduca y burocrática, ó á cierta filosofía pedante, superficial y vanidosa, considerar de una manera tan fácil y tan cómoda, la cuestion más compleja de la política verdaderamente filosófica, desplegando ante sus ojos un mapa de Europa, y tomando la Italia como si acabase de nacer ahora del seno de los mares, ó como si hubiese hecho su aparicion en el mundo despues de todos los pueblos conocidos; y sujetarla, los unos á sus combinaciones teóricas, ó utilitarias; los otros á sus pretensiones dinásticas; éstos á reglas administrativas; aquellos á preocupaciones ó á medidas estratégicas, y todos ellos queriendo aplicarle ó reclamando para ella—en bien ó en mal,—lo que llaman el derecho comun, el derecho internacional, la autonomía soberana de los pueblos, la ley de los tratados, los intereses del equilibrio europeo, y todos los demás principios que los diversos partidarios de esta misma escuela quieren aplicar á la resolucion del árduo y temeroso problema, ciertamente nos preguntamos: ¿dónde está la inteligencia profunda, sintética, histórica y transcendental de los grandes estadistas europeos? Y aterrados, al mismo tiempo, de nuestra personal medianía, ó más bien de nuestra insignificante pequeñez, nos demandamos con asombro si es una ilusion de nuestros ojos, si es una alucinacion de nuestra deslumbrada mente la que nos hace ver la Italia tan grande, tan gigantesca, tan excepcional, tan única, que no cabe en las proporciones geométricas, geográficas, aritméticas, economistas ó parla-

mentarias tan acompasadas ó exiguas de ninguno de esos improcedentes sistemas. Más que ver la Italia despedazada ó sometida, humillada por ultrajes, ó embriagada por ilusiones, todavía repugna más á nuestra inteligencia y á nuestro corazon, el ultraje de ver comparadas á la lucha que la trabaja, y la fiebre que la agita, una contienda que pudiera surgir entre la Irlanda y la Inglaterra, entre la Rusia y la Polonia. Hay tales manifestaciones de simpatía, que la rebajan más que la tenacidad dominadora del Austria, ó que las enormes aspiraciones del protectorado francés.

Cuando vemos que se quiere ajustar la grandeza del destino de Italia, á las formas de cierta política, ó á los consejos de cierta diplomacia, se nos figura ver al augusto cautivo de Santa Helena, oyendo los consejos de un abogado para que demandara á los ingleses ante un tribunal de justicia; ó á un honrado banquero que le viniera á decir cómo podia y debia procurar hacer su fortuna, y vivir, simple particular, en el mundo, con el producto de su trabajo; como él, honorable alderman de la City ó plantador esforzado y laborioso de la nueva Inglaterra. Nosotros creemos que Napoleon, si habia tenido la paciencia de oír, y la humildad de responder, hubiera dicho con plácida sonrisa, mirando á su roca, y extendiendo la mano á través de los mares, hácia las torres de Nuestra Señora de Paris, ó las cúpulas del Duomo: *Voici ma place quand je ne suis pas là.*

No. Nosotros no podemos injuriar de tal manera á la Italia, ni rebajarla delante de la Europa en todo lo que se levanta sobre nosotros, con la abrumadora grandeza de sus veinticuatro siglos de hazañas y portentos. No está en nuestro poder, ni cabe en nuestra razon, tal como Dios

nos la ha dado, ser del número de aquellos que no consideran á un pueblo más que por la extension que ocupa sobre el mapa. Hay para las naciones otra geografía más importante y transcendental, y cuyos límites están trazados por lo que han vivido en el tiempo y ocupado en el espacio. Lo que sería un absurdo, tratándose de la limitada existencia de un individuo; lo que sería quimérico para la ciencia ó para la voluntad humana, que quisiera destruir las condiciones físicas de su organizacion y de su origen, ó las condiciones morales que resultan de su pasado, eso nos parece un absurdo elevado á lo infinito, cuando se quiere aplicar á una nacion, ora sea en nombre de la ciencia que se llama política, ora en nombre de ese querer colectivo, aunque sea tan espontáneo y unánime como el individual, que hoy se quiere apellidar soberanía nacional.

Otra cosa debemos añadir.

Amamos mucho, compadecemos mucho, admiramos mucho á Italia. Que nos perdone, pues, lo augusto de su dignidad histórica y providencial, si alguna vez podemos sacar de su grandeza misma conclusiones duras y deducciones que podrán parecer desapiadadas. Á los soberanos de la tierra hay que hablarles en nombre de la Historia en un lenguaje respetuoso, pero más severo y ménos vulgar que al comun de los mortales. La Reina inmortal de las naciones, tiene eso de extraordinario; por la excelitud de su pasado, su presente tiene que ser juzgado como su porvenir; porque este presente contiene tal vez el germen del porvenir del mundo católico y del mundo civilizado.

III.

PLANTEAMIENTO DE LA CUESTION.

Ya lo hemos dicho. La cuestion de Italia, como cuestion de actualidad, sería muy fácil: como cuestion concreta de sola la Italia, sería muy sencilla; como cuestion de una nacionalidad moderna, ó de organizacion de un pueblo nuevo, sería muy clara. Sería la cuestion de sus derechos, y de sus agravios; de sus instituciones y de sus intereses: sería la cuestion de su constitucion política, de su organizacion social, y de su gerarquía diplomática. Sería pura y determinadamente la cuestion de su independencia, de su unidad, de su libertad.

Nada más sencillo que la resolucion de estas tres cuestiones, ora se las planteara en la esfera del derecho; ora se ventilaran en el terreno de la fuerza, ora se decidieran segun los intereses de la conveniencia y de la utilidad.

¿De dónde procede, pues, que soluciones que serían tan claras, si se tratara de otra nacionalidad cualquiera, se convierten en obscurísimos problemas, así que se pretende aplicarlos á la nacion italiana?

Hombres de recto juicio, de penetracion filosófica, de alta inteligencia política y de desapasionada conciencia, cualquiera que sea el partido político en que militéis, y la

creencia religiosa ó filosófica que profeseis, responded.—
 ¿Porqué, interrogados de súbito sobre la unidad, la independencia y la libertad política de Italia, vuestro juicio vacila, vuestra inteligencia se turba, vuestra lógica se embaraza, y vuestra conciencia se estremece, ántes de dar la respuesta terminante y categórica, que vuestros lábios y los míos tendrían pronta y expedita para otro pueblo cualquiera, para cualquiera otra región del globo? ¿De dónde provienen las dudas que os asaltan? ¿De dónde las dificultades y obstáculos que se os presentan en las cuestiones mismas?

Algunos de vosotros podréis decirme: "Esas dificultades las ha creado la iniquidad de la fuerza, las tenebrosas intrigas de la diplomacia, puesta al servicio de la tiranía. Esa red de obstáculos se ha tendido en torno de fáciles principios y clarísimos derechos, en frente de encontrados, vetustos, poderosísimos y arraigados intereses de potencias opresoras, de ambiciones ilegítimas, de instituciones hostiles, de partidos trastornadores ó de soñadores visionarios."

Pero aun así, ¿porqué en Italia precisamente esos intereses? ¿Porqué allí solamente esa tenaz, prolongada y tiránica dominación? ¿Porqué hacia allí, más bien que hacia otra parte, dirigidas eternamente esas aspiraciones? ¿Porqué allí más grande la importancia de esos derechos? ¿Porqué precisamente allí el desenvolvimiento y predominio de esas instituciones? ¿Y porqué allí también esa secular y desgarradora anarquía; porqué allí, más que en parte alguna, el carácter inflamable, la electricidad expansiva de esas opiniones ardientes, de esos fanatismos revolucionarios?

Vuestra respuesta no sirve sino para subir un poco

más arriba el edificio de la cuestión y la altura de la dificultad. De cierto, si fuérais geólogos, yo no os preguntaría porqué la mayor parte de aquellas ciudades están empedradas de lava, porqué aquellas comarcas suministran el azufre á todo el comercio del mundo? Harto sé la causa; harto sabe el mundo porqué fueron sepultadas en cenizas Herculano y Pompeya. Os preguntaría empero, si lo sabiais, como hombres de ciencia y como oráculos de la enseñanza, ¿porqué entre tantas singularidades hay también en aquella tierra dos volcanes? Y si esto es una calamidad para la Italia, os pediría á algunos de vosotros que presentarais un proyecto ó formularais un plebiscito para apagar el Etna y el Vesubio.